

EDUARDO J. COUTURE (*)

Esta Casa de estudios ha dispuesto un acto de homenaje a la memoria del doctor Eduardo J. Couture, recientemente muerto, pero vivo en el recuerdo de todos.

De esta manera, la Facultad de ciencias jurídicas y sociales cumple con un deber de estricta justicia para con el ilustre hombre público desaparecido, deber que se proyecta, por extensión, hacia el país hermano que fué cuna de su nacimiento y asilo inolvidable para muchos argentinos perseguidos.

La muerte de Couture enluta a la cultura de América y a la juventud estudiosa que tuvo en él a un maestro ejemplar.

Nosotros, los universitarios argentinos, reclamamos el derecho —infortunado derecho— de llorarlo como hijo propio. En efecto: aquí enseñó, publicó libros, alternó en el periodismo, cultivó amistades entrañables, suscitó simpatías profundas en los ambientes estudiosos y padeció, también, conviviendo las últimas vicisitudes políticas.

Nuestro país —su segunda patria— fué siempre el plano de fondo en sus ideales de vida, el motivo íntimo y permanente de sus ensueños y meditaciones. Su alma, pues, estaba enraizada en el alma argentina, que amó y sirvió con pasión ardorosa hasta su aliento final. Ello justifica, por lo tanto, este modesto tributo de recuerdo y de gratitud para el hombre y su noble tierra de origen.

(*) Disertación pronunciada en el acto de homenaje que tuvo lugar en el aula "Alberdi" de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral, el día 9 de noviembre pasado.

Evocarán, aquí, su obra y su vida, el profesor Santiago Sentis Melendo, para destacar la contribución de Couture al progreso del derecho procesal, disciplina que enseñó con singular brillo, y el doctor Santiago I. Rompani, cuya presencia tanto nos honra y enaltece, para decirnos algo, con la autoridad que todos le reconocemos, del sentido del hombre y de la cultura en América.

Es casi superflua la presentación ante el público argentino de nuestro huésped de honor. Estadista de sólido prestigio, desempeñó hasta hace poco tiempo, el Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay. Parlamentario sagaz, ocupa actualmente una banca en la Cámara de Representantes, donde sobresale por sus condiciones de orador y su amplia versación en los asuntos públicos. Catedrático universitario, juriscónsulto de nota, publicista y, sobre todo, pensador hondo y original, vive consubstanciado con los problemas políticos y culturales de América. De sus inquietudes sobre este tema apasionante y de sus recuerdos de Eduardo J. Couture, de quien fué discípulo y amigo, nos hablará en seguida.

Pero antes, debo decir mis palabras sobre este hombre excepcional, muerto súbitamente, a los cincuenta años, es decir en la cumbre victoriosa de la vida. Su existencia fué, por su idealismo y su belleza moral, como aquella sinfonía inconclusa con que el gran músico nos dejó el alma llena de dolor.

Los que lean, mañana, la producción de Couture apenas conocerán, a través de ella, la mitad del contenido espiritual de este ser extraordinario. Sabía muchas cosas de meditar y ver sobre el mundo y sus aventuras. Su obra, tal vez más pensada que escrita, fué dándose, en generoso despilfarro, a lo largo de su vivir, en innumerables lecciones orales, siendo él mismo, con su poderoso don de comunicación y simpatía, su mejor libro.

Así como José Enrique Rodó, —para nombrar un arquetipo de su raza— es el maestro que educa con sus obras, el primero, quizá, que influye sólo con la fuerza de la palabra

escrita, Couture es el maestro que se impone sólo con el prestigio de la palabra hablada, siempre en él persuasiva y sugestiva. Y esto se advertía hasta en su conversación, sencilla y espontánea, pero rica en ideas. Su pensamiento tenía la cualidad natural del verso y de la ecuación algebraica, expresiones comunes y distintas de la belleza, de la justicia, de la verdad y de la libertad, bienes caros de la vida, que amó y sirvió firme y denodadamente.

También amó el idioma y sintió la influencia bienhechora de los clásicos que lo perfeccionaron. Lo demuestra la precisión admirable de su estilo literario y forense. Este cuidado por la forma hizo de él, además, un verdadero escritor. Uno de sus gustos era consagrarse en ese arte difícil de la lengua que dominaba maravillosamente. Tal vez su ascendencia gálica estimuló esta preocupación que da vigor y esplendor a su prosa y vocabulario.

Nada de lo que existe en el contorno de la naturaleza y del espíritu le fué extraño.

Su curiosidad y su angustia se repartían y multiplicaban en los aspectos más ostensibles y sutiles del vasto mundo de la cultura. Lo prueba de manera inequívoca su libro "La comarca y el mundo", hermoso libro que es marginal y fundamental a la vez. Lo primero, porque sus páginas recogen impresiones y reflexiones heterogéneas a lo largo de un derrotero de variados paisajes por Europa y América. Pero es, también, un libro esencial por su valioso contenido, por su substancia ética, por su filosofía amable y profunda, por su optimismo y su fe en la conducta y en la cultura de su patria que, vista de lejos, como él dice, parece un pequeño foco de luz.

Felices los hijos que, en los tiempos duros de hoy, puedan tener el legítimo orgullo de decir de su tierra natal estas bellas y verídicas palabras que Couture estampó sobre su comarca que es, también, lugar de bendición y paradigma de virtudes ante el mundo.

“La circunstancia de que los gobernantes se retiren pobres de la carrera pública; que casi todos los servicios públicos pertenezcan a la comunidad y no a intereses privados; que el estado pague sin litigar las indemnizaciones por accidentes de trabajo; que la justicia no obedezca a influencias políticas o de familia; que los estudiantes intervengan en el gobierno de la Universidad; que el presupuesto de enseñanza sea el doble del presupuesto de los armamentos, el ejército, la marina y la aviación reunidos; que el ahorro privado exceda el monto de la deuda externa del país; que las inversiones de capital provenientes de los Estados Unidos no lleguen a los once millones de dólares; que los billetes de lotería se vendan por su precio escrito; que los periódicos no enajenen sus páginas de redacción para determinadas campañas; que las elecciones no conozcan los votos fraudulentos, y tantas otras cosas más que a nosotros —dice— nos parecen tan naturales como el aire que respiramos, causan cierta impresión en algunos países del extranjero”.

Precisamente, por todo ello —agregamos nosotros— los de afuera miran al Uruguay con respetuoso interés y advierten, cada vez más, su significación y valor trascendente en el concierto internacional de los países civilizados.

Pero Couture fué, sobre todas las cosas, un educador, un artífice de almas. Tenía la vocación y la pasión por la enseñanza, que es la forma más elevada y más pura del altruismo. La enseñanza era, para él, amistad, acto de transmitirse a los demás. Espíritu tenso, siempre alerta a las más delicadas vibraciones del intelecto y del corazón, hablaba de cosas altas con palabras sencillas y profundas. Unía la distinción innata a la familiaridad de su trato y de su simpatía contagiosa, estimulante y cordial.

En la cátedra, su don de encantar, su hechizo verbal que tenía algo de sortilegio, era uno de sus secretos. Desdeñaba la lección que se imparte fríamente, con fórmulas hechas, “la docencia numérica y exacta”, como solía decir. Quería, en cambio, la sorpresa del coloquio, la incertidumbre, la suges-

tión del misterio. “Por eso —recordaba— el día que podamos dar a la enseñanza cierta mezcla de precisión y de acechanza, de revelación y de incertidumbre, de gracia y de monstruosidad, de vida y de muerte, habremos dado uno de nuestros mejores pasos en el raro arte de impartir el saber”.

Pocas veces se habrá visto el hermoso espectáculo intelectual de la fusión y comprensión íntimas entre maestro y discípulo, de manera tan cabal como en las disertaciones de este expositor incomparable.

Otra manifestación de la personalidad íntima de Couture fué el amigo. Sabía bien que la cultura se hace con almas, con corazones. Por eso anudó tantas amistades y simpatías personales. Nadie podía sentirse indiferente en torno de él. Nadie dejó de experimentar la dulzura que fluía de su espíritu superior y puro. Y fué leal, entero y generoso con todos los que conquistaron su afecto.

Los argentinos proscritos durante la tiranía hallaron en su casa de Montevideo —suerte de Consulado protector— un refugio hospitalario, de igual modo que los maestros expulsados tuvieron en la Facultad de Derecho, entonces bajo el cuidado de su dirección ejemplar, el privilegio impagable de seguir profesando sus lecciones con alumnos uruguayos en las cátedras que les ofreció.

Los argentinos que gozaron de su gracia, en horas amargas para la patria, no olvidarán jamás este rasgo de nobleza caballeresca. Este espíritu de hidalguía es, también, uno de los atributos descollantes del altivo pueblo uruguayo.

Si alguna vez hubo una identificación fraternal entre el espíritu de argentinos y orientales, fué durante esa época aciaga. Uruguay no solamente recibió y ayudó a millares de perseguidos, ofrendándoles la generosidad de su asilo, sino que hizo suyo el dolor angustiado de nuestro pueblo, compartiéndolo como propio.

Esta deuda inmensa de gratitud —bien lo sabemos— nunca podrá extinguirse. Pero, como buenos hijos agradecidos, nos imponemos el deber moral de reconocerla, por lo menos.

Y a ello responde, también, la ceremonia de este acto público.

Couture fué un auténtico demócrata. En su vida cívica eligió el camino de los hombres libres. Mantuvo una solidaridad conmovedora e inquebrantable con quienes en nuestra patria luchaban por el imperio del derecho y la restauración de la dignidad perdida. Y así —cabe señalarlo— se rehusó porfiada y sistemáticamente a todas las solicitudes que le formularon, con tentadoras ofertas, los usurpadores de la universidad para asociar el prestigio de su nombre a las empresas de la propaganda oficial.

Libertada la República, corrió presuroso a testimoniar con su palabra cálida los sentimientos de una adhesión moral que nunca alcanzaremos a reconocerle en la medida de lo que ella vale y significa.

Ya estaba mortalmente herido por el mal que habría de llevarlo para siempre. Pero el amor y el deber —las dos fuerzas morales que forjaron más intensamente su personalidad— decidieron el viaje y vino hasta aquí a celebrar alborozado su primer reencuentro con la vieja universidad y los viejos amigos. Lo hacía —declaró— después de doce años de ausencia y con verdadera unción de espíritu. Lo hacía, también, con la venturosa fe del optimista porque ese día de triunfo había estado siempre en su ilusión y había llegado. No obstante, su mensaje del Paraninfo —cargado de emociones— llevaba en las entrelíneas el trágico presentimiento de la caída. Y murió a los pocos días, casi sobre el camino de retorno a su Montevideo. ¡He ahí el maestro admirable y valeroso, que no se arredra ante el peligro! ¡He ahí el educador puro que sabe que no basta vivir para la educación, sino que hay que sufrir y sacrificarse por su causa, cuando se la entiende, como él la entendía, como la más grande aventura del hombre sobre la tierra!

Sin quererlo ni saberlo tuvo el instinto de la gloria y poseyó el talento para conquistarla. Pocos como él hicieron suyo el apotegma de Guyau: “Hay una profesión universal y es la del hombre”. Pocos como él escribieron tantas cartas

a los amigos. Dedicó al género epistolar largas horas del quehacer cotidiano para comentar los hechos trascendentales de la vida y el mundo. Son páginas frescas y edificantes, muchas de las cuales merecerán, sin duda, franquear la penumbra en que hoy yacen para mostrarnos una faz íntima y desconocida de su multiforme curiosidad espiritual.

Mientras lleguen ellas y algunos volúmenes inéditos, nuestro mejor homenaje deberá ser el silencio. Ese mismo silencio intencionado, lleno de voces, con que él, paradójicamente, supo entendernos durante estos diez últimos años crueles y turbulentos. Un silencio de discípulos, de amigos, de admiradores que, de hoy en adelante, se aprestan a oír la voz del maestro a través de sus libros. En ellos, como en su palabra mágica, sobrevive intacto el espíritu austero y fecundo de este hermoso ejemplar de humanidad.

DOMINGO BUONOCORE

